

WALTER BENJAMIN

CAPITALISMO COMO RELIGIÓN

s e r i e c e r o

Índice

PRÓLOGO

La diabólica ambigüedad del capitalismo

Álvaro Ramos Dicenta 7

Capitalismo como religión 17

Panorama imperial 23

Destino y carácter 35

Hacia una crítica de la violencia 47

El significado del tiempo en el mundo moral 83

[Fragmento teológico-político] 87

Franz Kafka en el décimo aniversario de su muerte 89

Potemkin 89

Una fotografía infantil 100

El jorobadito 113

Sancho Panza 124

Fragmentos del *Libro de los pasajes* 133

PRÓLOGO

La diabólica ambigüedad del capitalismo

En nuestra época, lo único sagrado es la ilusión,
mientras que lo profano es la verdad.

Ludwig Feuerbach

La comparación entre capitalismo y religión no debería, a estas alturas, levantar grandes sospechas. Quien desconfíe de la crítica económica o política, que consulte en cualquier diccionario etimológico la raíz compartida de los términos «crédito» y «creencia»: comprobará entonces que el sistema al que entrega su vida —hora tras hora, día tras día, año tras año— está enteramente fundado en la fe. Nada nuevo, pues ya Marx había señalado que «la única parte de la llamada riqueza nacional que realmente se encuentra en posesión colectiva de los pueblos modernos es... su deuda pública. Por tanto, es plenamente consecuente la doctrina moderna de que un pueblo se vuelve tanto más rico cuanto más se endeuda. El crédito público se convierte en credo del capital».¹

1 Karl Marx, *El capital* (I), Moscú, Progreso, 1990, p. 687 s.

El capitalismo ha logrado, con una gracilidad que raya en lo milagroso, convertir la creencia religiosa en condena económica y moral. El crédito suministrado no pretende facilitar nuestra existencia ni el desarrollo de nuestra humanidad, sino consagrarnos a una deuda perpetua, a una irremediable y ominosa morosidad. Nietzsche demostró que la relación entre acreedor y deudor se sustenta desde tiempos inmemoriales sobre una concesión y un derecho a la crueldad. «Así, en Egipto, [...] el acreedor podía infligir al cuerpo del deudor toda suerte de ignominias y torturas, por ejemplo cercenar tanto como le pareciese adecuado a la cuantía de la deuda; [...] al ‘castigar’ al deudor, el acreedor participa de un derecho señorial: finalmente, también él alcanza por una vez el enaltecido sentimiento de tener derecho a despreciar y maltratar a un ser como a un ‘inferior’». ² Según Freud, esta ferocidad es interiorizada por el individuo moderno, que se dispone a ejercer contra su propia persona el mismo impulso agresivo que habría saciado en los demás: «Llamamos ‘conciencia de culpa’ a la tensión entre el superyó que se ha vuelto severo y el yo que le está sometido. Se exterioriza como necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo, debilitándolo, desarmándolo y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada». ³

2 Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Madrid, Tecnos, 2003, p. 105.

3 Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, en *Obras completas* (vol. XXI), Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 119 s.

En este cruce de caminos —entre la crítica ideológica, la genealogía de la moral y el psicoanálisis freudiano— escribió Walter Benjamin, hace poco más de un siglo, el fragmento que da título a este volumen: «Capitalismo como religión». Pero, en su interpretación Marx, Freud y Nietzsche comparecen como acusados, pues incluso ellos confabularon a favor del estado de desesperación en el que el culto capitalista ha sumido al mundo. Para Benjamin, el capitalismo es una religión puramente ritual, sin dogmas ni teología, que solo exige nuestra participación mecánica en sus ceremonias: intercambio de mercancías, trabajo asalariado, inversión, préstamo, consumo... Dada la ausencia de una doctrina específica, sus adeptos no conocen el perdón ni la gracia. «Este culto culpabiliza, contrae una deuda insalvable con la culpa. Quizás el capitalismo sea el primer caso de un culto no expiatorio, sino culpabilizador. [...] Aquí radica la monstruosidad histórica del capitalismo: que la religión ya no consiste en una reforma del ser, sino en su aniquilación» («Capitalismo como religión», *infra*). Así, el capitalismo se construye sobre la creciente e inexpiable culpabilización de sus creyentes; en él, la deuda y la culpa alcanzan cotas a cada instante más asfixiantemente altas.

Benjamin concibe su análisis a partir de lo que llama la «diabólica ambigüedad» del término alemán *Schuld*, que significa indistintamente «culpa» y «deuda». De esta manera, retoma la reflexión donde Nietzsche la había dejado unas décadas antes: «La ‘culpa’ [*Schuld*], ese concepto moral fundamental, procede

del concepto, muy material, de ‘deudas’ [*Schulden*]». ⁴ Según Benjamin, el soporte ideológico de la religión capitalista se halla en esta equivalencia entre la quiebra financiera y la caída moral. No es una azarosa coincidencia semántica, sino la maquinaria —magníficamente engrasada— del capitalismo, su destino organizado. «El destino se muestra, por tanto, en la consideración de una vida como condenada, en el fondo como una vida que primero fue condenada y después se hizo culpable. Goethe resume estas dos fases con las palabras: ‘Dejáis que el pobre se convierta en culpable’» («Destino y carácter», *infra*). Para la inmisericorde curia del capital, la escasez económica constituye el único pecado; como si el empobrecimiento no fuese suficiente, hay que cargar también con las cadenas de la culpa. Este es el destino al que nos arroja la diabólica ambigüedad del capitalismo.

Pero el término *Schuld* no designa simplemente una abstracción lingüística. Benjamin registra su dimensión más humana en «Panorama imperial», donde la inflación de entreguerras envenena todos los encuentros de los ciudadanos alemanes. «Si antes era habitual interesarse por la persona con la que se charlaba, ahora esto se ha sustituido por la pregunta sobre el precio de sus zapatos o de su paraguas. En cada conversación cordial se cuela invariablemente el tema de las condiciones de vida, del dinero» («Panorama imperial», *infra*). El dinero parasita y cosifica las relaciones interpersonales, inmunizándolas contra la solidaridad, la confianza, el diálogo

4 Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, op. cit., p. 103.

Capitalismo como religión

El capitalismo puede ser considerado como una religión, es decir, el capitalismo sirve fundamentalmente para satisfacer las mismas preocupaciones, angustias e inquietudes a las que antes daban respuesta las llamadas religiones. La comprobación de esta estructura religiosa del capitalismo —que no es simplemente una construcción condicionada por la religión, como cree Weber, sino un fenómeno esencialmente religioso— conduciría, todavía hoy, a una delirante polémica universal. No podemos zafarnos de la red en la que nos encontramos. Pero más adelante podremos, por lo menos, obtener una visión general de ella.

Actualmente, es posible reconocer tres aspectos de esta estructura religiosa del capitalismo. En primer lugar, el capitalismo es estrictamente una religión de culto, tal vez la más extrema que haya existido nunca. En él, todo adquiere significado en relación directa y exclusiva con el rito; no posee ningún conjunto específico de dogmas, ninguna teología. Desde esta perspectiva, el utilitarismo adquiere sus connotaciones religiosas. Esta concreción del culto está relacionada con una segunda característica del capitalismo:

su permanente duración. El capitalismo es una celebración ritual *sans trêve et sans merci* [sin tregua ni misericordia]. No existen los «días laborables», no hay jornada que no esté consagrada en el espantoso sentido del despliegue de toda la pompa sacra, de la afanosa lealtad del idólatra. Y, en tercer lugar, este culto culpabiliza, contrae una deuda insaldable con la culpa. Quizás el capitalismo sea el primer caso de un culto no expiatorio, sino culpabilizador. Aquí, el sistema religioso se encuentra sumido en la caída de un movimiento descomunal. Una monstruosa e irredimible conciencia de culpa recurre al rito, no para encontrar la expiación, sino para universalizar esa culpa, para grabarla a fuego en la conciencia y, finalmente —y sobre todo—, para implicar a Dios mismo y acabar haciéndole partícipe de la expiación. Por tanto, la expiación no puede esperarse ni en el propio rito ni en una reforma de la religión, que debería poder aferrarse a algo estable en ella, ni siquiera en la renuncia a la misma. Es inherente a la esencia de este movimiento religioso —el capitalismo— resistir hasta el final, hasta la culpabilización total y definitiva de Dios, hasta el estado mundial de desesperación en el cual justamente todavía *se tiene esperanza*. Aquí radica la monstruosidad histórica del capitalismo: que la religión ya no consiste en una reforma del ser, sino en su aniquilación. La expansión de la desesperación hasta el punto de su conversión en el estado religioso mundial del cual cabría esperar la curación. La trascendencia de Dios ha caído. Pero no ha muerto, está incorporado en el destino de la humanidad. Este tránsito del planeta «hombre» a través del espa-

Panorama imperial

VIAJE POR LA INFLACIÓN ALEMANA

I

Entre las expresiones con las que el burgués alemán delata a diario la estupidez y cobardía de su modo de vida, destaca memorablemente la que alude a una catástrofe inminente: «Las cosas no pueden seguir así». La estéril obsesión por las ideas de seguridad y propiedad de las décadas pasadas impide al ciudadano promedio apreciar la estabilidad, sumamente notable y nueva, que subyace a la situación actual. Como la relativa estabilización de los años de preguerra le beneficiaba, cree tener que considerar inestable cualquier situación que le despoje de sus bienes. Pero las condiciones estables no tienen por qué ser condiciones agradables, y ya antes de la guerra había estratos para los que la estabilización no era sino miseria estabilizada. La decadencia no es menos estable ni menos asombrosa que el ascenso. Solo un cálculo que reconozca en el hundimiento la único ratio de la situación actual puede superar la flácida sorpresa ante lo que ocurre a diario y per-

cibir los fenómenos de decadencia como lo propiamente estable, y la salvación, en cambio, como algo extraordinario, casi milagroso e incomprensible. Las comunidades centroeuropeas viven como los habitantes de una ciudad sitiada cuyos víveres y pólvora se están agotando, y para los que, según el razonamiento humano, apenas cabe esperar salvación; un caso en el que la rendición, quizás incondicional, debería sopesarse seriamente. Pero el poder mudo e invisible que conspira contra Europa Central no negocia. Por tanto, no queda más remedio que dirigir la mirada, en la perpetua expectativa de la ofensiva final, hacia el acontecimiento inconcebible en el que ahora reside la única salvación. Pero este estado necesario de atención intensa y resignada, puesto que estamos en contacto misterioso con las potencias que nos asedian, podría provocar realmente el milagro. Por el contrario, la suposición de que «las cosas no pueden seguir así» se verá algún día confrontada con el hecho de que, tanto para el sufrimiento de los individuos como para el de las comunidades, solo hay un límite más allá del cual no puede seguir nada: la aniquilación.

II

Extraña paradoja: la gente solo tiene en mente el mezquino interés privado cuando actúa, pero al mismo tiempo su comportamiento está determinado, más que nunca, por la naturaleza de las masas. Y, más que nunca, la naturaleza de las masas se ha

vuelto confusa y ajena a la vida. Mientras que el oscuro instinto del animal detecta ante el peligro que se aproxima una vía de escape que parecía invisible, esta sociedad en la que cada uno solo tiene ojos para su propio bienestar miserable, cae presa —con insensatez animal, pero sin el sordo saber de los animales— de la más nimia amenaza, e incluso de la más obvia, como un cuerpo ciego; y la diversidad de objetivos individuales se vuelve irrelevante ante la identidad y determinación de las fuerzas que la oprimen. Una y otra vez se ha demostrado que su apego a la vida familiar y cotidiana, perdida hace ya tiempo, es tan rígido que frustra el uso propiamente humano del intelecto, la previsión, incluso ante el peligro más imponente. De modo que en esta sociedad la imagen de la idiotez es total: inseguridad e impotencia hasta la perversión de los instintos vitales, hasta el ocaso del intelecto. Esta es la situación de todos los ciudadanos alemanes.

III

Todas las relaciones humanas, incluso las más cercanas, son golpeadas por una claridad penetrante e insoportable en la que a duras penas sobreviven. Pues al estar el dinero, por un lado y de un modo devastador, en el centro de todos los intereses vitales, y siendo este, por otro, precisamente la muralla ante la cual fracasa casi toda relación humana, desaparecen, tanto en lo natural como en lo moral, la confianza irreflexiva, la calma y la salud.